



Claves bíblico-teológicas para vivir cristianamente el sufrimiento

Francisco Alvarez

«Vere Tu es Deus absconditus» (Is 45, 15) «Verdaderamente, Tú eres un Dios escondido». Con esta imagen bíblica, que siempre he considerado enormemente fecunda, deseo marcar de partida el clima y la trayectoria de mi reflexión.

Nuestro Dios, revelado en Cristo, no juega al escondite con sus hijos. Sin embargo quiere ser buscado. Se ha manifestado para ser buscado. Nos ha dado luz suficiente para no vivir ya en las tinieblas; pero la oscuridad es la suficiente como para que no nos deslumbre su luz.

Hay experiencias que parecen introducirnos en las tinieblas, mientras otras parecen llevarnos de lleno a la luz. Ni unas ni otras son sin embargo garantía cumplida de haber encontrado a Dios o de haber perdido definitivamente su rumbo. En ambas, el hombre sigue siendo buscador. Ambas apuntan, por tanto a la verdad del hombre: éste se hace buscando: y a la verdadera religión, que, como dice Pascal: es verdadera en la medida en que afirme que Dios sigue escondido.

Entre esas experiencias ocupa un lugar importante la del sufrimiento: experiencia de tiniebla, que puede —ahí está su paradoja— desembocar misteriosamente en la luz. El sufrimiento provoca y hiere la mente y el corazón. Pone en tela de juicio lo más nuclear de la experiencia religiosa: no la existencia de Dios, sino la existencia de un Dios bondadoso. Sufriendo, el hombre comprueba de algún modo que Dios tiene una forma un tanto extraña (para nosotros) de amar.

Quizás por esto cuesta creer, sobre todo en el amor de Dios. Cuesta porque existe en cada uno de nosotros un sentido innato de lo justo e injusto, que puede comprender e incluso desear el mal para los culpables, pero que se escandaliza ante el sufrimiento de los inocentes. Cuesta, porque vivimos en un mundo donde cada vez se reducen más los espacios para la gratuidad, y porque nuestro sentido de culpabilidad no se reconcilia fácilmente con un amor sin descuentos ni reproches. De ahí que, como afirma François Varillon, la pedagogía veterotestamentaria de Dios consiste fundamentalmente en llevar a su pueblo de la fe en un Ser todopoderoso a la fe en un Dios que es amor y sólo amor.

Ése es el atributo que los resume a todos. De ahí que la experiencia religiosa nos diga que a Dios nunca se le encuentra al final de nuestros razonamientos; si acaso lo

encontraremos al final de nuestro compromiso, es decir de una relación afectiva, afectuosa con Él. La reflexión sobre el sufrimiento humano siempre me ha parecido indispensable, entre otras razones porque posee la estupenda virtualidad de conducirnos a una verdadera opción: un cristianismo embutido de dogmas, o un cristianismo cordial, que no quiere decir irracional o sentimental. Por esta segunda vía transita mi reflexión, algunos de cuyos contenidos quedan ya apuntados en esta introducción.

Algunas pistas para un largo itinerario

Largo es el itinerario de la fe en la comprensión del misterio que nos ocupa. Así lo reconoce Juan Pablo II en la introducción del *Salvifici Doloris* tras citar Col 1, 24. Para que se entienda mejor el sentido de esta aportación, señalo brevemente algunos puntos de partida, que son, a la vez, conclusiones de mi itinerario personal.

— El sufrimiento, antes que un problema filosófico y teológico, es una experiencia, que remite a los núcleos de la identidad personal: soledad y comunión. No es, pues, como veremos, una experiencia cualquiera. Lo que está en juego, en definitiva, es una vez más, la comprensión del cristianismo y su misma validez: Dios vino a hacer posible el máximo de libertad y el máximo de comunión. ¿Cómo comprender esto desde el pozo del sufrimiento?

— Ninguna respuesta teórica es satisfactoria, afirmación que podríamos acompañar de múltiples testimonios. No se trata de abogar por una especie de neoanalfabetismo teológico. A la insuficiencia de las respuestas teóricas sólo se puede llegar cuando uno está «cargado de razones», es decir, cuando, partiendo del sufrimiento propio y ajeno, nos dejamos afectar e interpelar, cuando podemos responder: ¿Por qué esa experiencia es así y no de otro modo? ¿Qué hay en el fondo de la misma, hacia dónde apunta?

— El sufrimiento no es para ser explicado, sino vivido y combatido por la vía de la soledad y del encuentro

— El sufrimiento no tiene la última palabra. Es el desafío de la esperanza cristiana. Como afirmó Martín Descalzo, experto en dolores, «puede ser convertido por el hombre en vinagre o en vino generoso: Lo terrible es que la opción depende de cada uno». Si negáramos de entrada la posibilidad de intervenir significativa y cualitativamente sobre el sufrimiento, estaríamos condenando al fracaso una de las mayores energías humanas. Tanto despilfarro sería estremecedor. No en balde la afirmación de la libertad encuentra aquí, en el sufrimiento, su verdadera prueba y piedra de toque.

El dolor en cuanto experiencia

Esto es lo que hace realmente problemático al sufrimiento. Sufrir es ante todo sentir. Un sentir que es, a la vez, percepción, elaboración, interpretación y valoración. De ahí que la experiencia, sobre todo la del sufrimiento, sea el modo más completo de conocer. Sólo se conoce en la medida en que se le experimenta. Sólo quien ha sufrido sabe de verdad qué es el sufrimiento.

Ante la imposibilidad material de desentrañar el contenido de esta experiencia, fijemos nuestra atención tan sólo en dos aspectos, determinantes para nuestra reflexión teológico pastoral .

El precio de los sentimientos

Los sentimientos imponen inexorablemente sus razones, a las que el teólogo y el pastor han de prestar una lúcida atención. No sirve escudarse detrás de la afirmación de que todo sufrimiento —sobre todo los provocados por la muerte y por la enfermedad— es deudor, en gran medida, de una elaboración cultural, variopinta y mudable según épocas y lugares.

El nuestro es siempre un sentir humano, condicionado y coloreado por la conciencia. «Sólo el hombre, sufriendo sabe que sufre y se pregunta por qué; y sufre de un modo humanamente más profundo si no encuentra una respuesta satisfactoria», afirma Juan Pablo II en la *Salvifici Doloris* (nº 9). Conciencia y sentimiento se alían, en este caso, apuntando a uno de los agujijones del sufrimiento: Éste hiere con frecuencia ese sentido innato, que habita en cada uno de nosotros, y que nos dicta lo que es debido e indebido. El sufrimiento sabe demasiadas veces a injusticia y desproporción. Algo dentro de nosotros nos sugiere: «Esto no te lo mereces», «esto es demasiado», «este sufrir repugna a la condición humana»...

Precisamente porque este modo de sentir ha de ser tomado en serio, sobre todo cuando estamos frente a quien se siente especialmente agredido, deberíamos ser más cautos cuando propugnamos, sin concesiones ni descuentos de ningún tipo, una experiencia religiosa y una concepción del cristianismo totalmente purificada de todo residuo funcional. No se puede llegar a la gratuidad si no es partiendo de esa vivencia, originaria y original en todo hombre, del sentido de la justicia que el sufrimiento pone tantas veces a prueba.

La experiencia del sufrimiento apunta también en otras direcciones. Se sufre porque, a veces por lo menos, sentimos algo como definitivamente irremediable, irreparable o irreversible. ¿Qué hay detrás de este sentir? También aquí sentimiento y conciencia concuerdan en recordarnos, siempre de modo concreto, que nuestra historia es inexorable con su pasado y que nuestro futuro está abocado a la muerte. Y desde ahí todo en la vida —el amor, el progreso, la medicina..— se convierte en lucha contra la muerte. Cuando lo irreparable es presente o está todavía caliente, los sentimientos son sencillamente irreductibles, es imposible domesticarlos.

Son irreductibles porque, con frecuencia, son también espesos, es decir, se condensan de tal manera se erigen en la una única razón y no atienden a razones. Quien sufre así es como si descendiera al fondo del pozo o habitara provisionalmente en los sótanos de su casa. Las razones, en cambio, las buenas razones del teólogo y del pastor habitan tal vez en el último piso del rascacielos: Una verdadera prueba de fuego para comprobar hasta qué punto hemos entendido qué significa la Encarnación. Cristo vino a encontrarnos allí donde estábamos, en el sótano, donde nos duele, donde el hombre desea o siente sofocados sus deseos, donde vibra o está adormecido...

En el sufrimiento, finalmente, se experimenta también a menudo una cruel sensación de acaparamiento. Una parte atrae indebidamente la atención debida al todo; el cuerpo que se es, se convierte en algo que se tiene y que se torna obsesivo; otras veces pareciera como si el cuerpo entero cupiera en un estómago doloroso, o como si todo el sufrimiento del mundo se hubiera concentrado en la diminuta habitación en la que un ser querido está muriendo... ¿Por qué esta sensación? ¿Hay en ella algo más que una explicación psicológica? En el fondo, el sufrimiento humano es el que es porque rompe o atenta contra un proyecto siempre imperfecto de integración, de armonía interior, de convivencia consigo mismo, y porque el sufrir despierta con frecuencia—como veremos luego—la conciencia de nuestro carácter único: En un campo de concentración, donde todos sufren, nadie sufre en lugar del otro. No hay nada más propio que el propio sufrimiento.

¿Cómo buscarle un sentido al sufrimiento sin atender al valor y al precio de los sentimientos que provoca? ¿Podrá alguien, partiendo de ellos, elaborar un sistema razonable de respuestas teóricas? Y si hubiera que sacrificar algo ¿no sería preferible sacrificar alguna que otra buena razón? Puesto que se trata de vivir sanamente el sufrimiento—como el título atrevidamente sugiere—, entiendo que nuestros enfermos no se curan precisamente con razones sino con solidaridad

Incomunicabilidad

He aquí otro rasgo de los múltiples rostros del sufrimiento: «experiencia inefable e incomunicable al mismo tiempo», dice la *Salvifici Doloris* (n.º 5). Nos asomamos aquí a la experiencia más común de la humanidad, según H. Nouwen: la de la soledad. Cuanto más respetuosos somos con el sufrimiento propio y ajeno, cuanto más tratamos de interiorizarlo, más nos percatamos de la dificultad de entrar en su mundo, de conectar con la singularidad de esa experiencia y de comunicarla.

Esta dificultad, constante a lo largo de la historia, se ha agravado en nuestros tiempos. De la mano de los cambios socioculturales se han producido dos fenómenos que tienen una gran incidencia en la vivencia individual y social del sufrimiento. Por un lado, la expresión religiosa del mismo, tan común en otras épocas, hoy ha perdido casi toda relevancia. Ciertas expresiones como resignación cristiana, ofrecimiento de los propios sufrimientos, parecen no tener cabida entre muchos cristianos de nuestros días. Sin embargo ese ha sido el lenguaje de la teología y de la pastoral durante siglos. Por otro lado, la sociedad de hoy, desde su comprensión técnico-científica de los acontecimientos humanos, no se conforma ya con respuestas de orden filosófico ni con consolaciones metafísicas; no pretende que le expliquen el sufrimiento o se lo sublimen: quiere respuestas resolutivas, que se lo supriman cuanto antes. De la mano de esta tecnificación del sufrimiento humano —fenómeno igualmente aplicable a la transmisión de la vida, y al tratamiento de la enfermedad y de la muerte— camina una progresiva despersonalización de esas realidades; lo cual ha debilitado enormemente su capacidad expresiva, es decir su humanización.

Hoy en día, por lo menos en occidente, no sólo estamos peor armados para el sufrimiento, sino que cada vez estamos más desprovistos de un lenguaje común para expresarlo, y para decirnos a nosotros mismos desde él.

Nace de ahí una dificultad añadida para el teólogo y el pastor: ¿Cómo redimir el sufrimiento de la incomunicabilidad impuesta? ¿Cómo hacer teología y cómo actuar pastoralmente sin un lenguaje más o menos común, que respete al mismo tiempo la soledad del sufriente y su necesidad de comunión?

De esto se trata, en definitiva: para vivir sanamente el sufrimiento propio y para actuar terapéuticamente sobre el ajeno, es preciso emprender un viaje que va siempre de la soledad a la comunión y de ésta a la soledad. Veamos cómo.

Sufrimiento, experiencia salvífica de soledad

Una extraña epifanía de soledad

El sufrimiento es, por paradójico que parezca, una expresión de la soledad radical del hombre: soledad que puede ser vivida salvíficamente, a pesar de todo. Así lo acredita la experiencia de tantos sufrientes emblemáticos para el creyente.

Job, por ejemplo, es un enfermo de soledad. Yo suelo decir que su mayor desgracia y desgarró no radica en la pérdida total de sus bienes, sino en la terrible sensación de incomprensión, de soledad y de incomunicabilidad, sobre todo en relación con Dios.

Ahora bien, el mismo encuentra en su soledad la vía de salida del drama que le aqueja.

El sufrimiento humano posee la extraña virtualidad de remitir al hombre precisamente a su condición de ser uno y único, y de serlo él solo. Todo hombre y toda mujer, por lo menos en algún momento de su vida, se descubrirán a sí mismos enfermos de una soledad incurable.

Este descubrimiento está íntimamente relacionado con las experiencias más hondas de indignancia y de plenitud: aquellas en las que, por defecto o por exceso, nos es dado vivirnos en profundidad. Pues bien, el sufrimiento es capaz, ante todo, de revelar la verdadera identidad del hombre. La experiencia nos dice a menudo que, sólo cuando sufrimos tenemos la oportunidad de saber quiénes somos. Concretando: sabemos que amamos de verdad cuando nos hemos demostrado a nosotros mismos que somos capaces de sufrir por quien amamos. Por esa dirección camina la lapidaria afirmación de Salvifici Doloris: Cristo, «en la verdad de su sufrimiento nos reveló la verdad de su amor» (n.º 18).

El sufrimiento, además, es quizás la experiencia que mejor manifiesta el carácter insustituible de todo hombre. Todos hemos de enfrentarnos radicalmente a solas con las experiencias más importantes de la vida. Es la grandeza y tragedia de la condición humana. Nadie puede amar, creer, sufrir, morir... en mi lugar. Ni siquiera en la mayor comunión imaginable entre dos personas es posible suprimir totalmente la última porción de soledad. No se puede ni se debe. Una comunión semejante terminaría por anular.

Por eso, incluso cuando el sufrimiento es fundamentalmente agresión venida de fuera, nunca podrá ser tratado como algo externo. Es sufrimiento porque penetra, interpela desde dentro, y, también cuando es injusto, es memoria (terriblemente incómoda a veces) de que nadie puede hacerse a sí mismo sin la aceptación de su radical soledad.

No nos resulta, pues, difícil entender que el sufrimiento apremia a la libertad, exige un pronunciamiento. Ante él nadie puede permanecer, y normalmente nadie permanece, indiferente. La experiencia nos habla del inmenso abanico de reacciones. Todas comprometen o implican la libertad, también el mutismo que producen ciertos sufrimientos extremos (como afirma D. Sölle), también el aplastamiento que anonada... Todas remiten a la soledad de la que venimos hablando. Detrás de todas habita la conciencia, hoy cada vez más extendida, de que, en el sufrimiento, el hombre, además de preguntar, se siente interrogada. Las preguntas ya no se dirigen tanto a Dios cuanto al hombre. Hasta hay quienes ponen en duda la honestidad de pretender justificar a Dios o mezclarle en los sufrimientos humanos.

Partiendo de esa soledad vamos a dar brevemente algunas claves teológico-pastorales que nos ayuden a vivirla salvífica y sanamente y que nos ayuden a ser agentes de salud desde la soledad respetada y compartida. Advierto que son claves, no recetas, y que, por tanto, su aplicación ha de personalizarse dentro de la inmensa variedad de sufrimientos con los que nos relacionamos.

Claves para integrar la soledad y ser agentes de comunión al servicio de la soledad

El sufrimiento puede ser una oportunidad para construir lo sustantivo de la vida

Cualquier respuesta al sufrimiento que no nazca ante todo de dentro o que no remita, por lo menos en algún momento, al interior de cada uno, está —creo— condenada al fracaso.

En el propio sufrimiento, como hemos dicho, lo que uno chequea, pone a prueba y verifica, es su propia identidad: Quién soy yo, dónde radica mi consistencia, qué puedo esperar, qué será de mí...

Así enfrentado, el sufrimiento encierra en sí —con bastante frecuencia— una cierta pedagogía, cuya finalidad es educar (=educere), es decir, sacar de dentro. Además de suscitar solidaridad desde fuera (las catástrofes terminan siendo una gran manifestación de humanidad), el sufrimiento puede desencadenar, dar rienda suelta a energías, recursos y actitudes internas hasta entonces desconocidas. Esto explica, por lo menos en parte, que el sufrimiento signifique para muchos el alumbramiento, el parto doloroso de algo nuevo que la adversidad no sólo ha acrisolado, purificado y cargado de nuevo realismo, sino que ha generado y gestado. A pesar de todo.

Desde este supuesto el sufrimiento adquiere un cierto valor de símbolo o de parábola de la vida misma. Desde su nacimiento hasta su final está llamada a afirmarse entre un cúmulo ininterrumpido de resistencias. Prueba fehaciente de ello son los sufrimientos teóricamente evitables (una buena parte de ellos), pero prácticamente inevitados, incluso en supuestos individuales y sociales ideales. Los dolores del parto no terminan en el alumbramiento y nacimiento de una nueva existencia: Es duro y doloroso hacerse personas, el amor va siempre emparejado al sufrimiento, la libertad no lo es sin liberación de pesos, apremios y esclavitudes; la salud es siempre frágil, porque es conquista y aventura. Vivimos en un mundo agresivo, en el que vida y muerte se dan la mano, en el que no hay aprendizaje sin resistencias, no hay vuelo sin contrapesos, no hay amor sin sacrificio. Extraña paradoja: el mismo sufrimiento que a unos aplasta y paraliza, a otros los dinamiza; a unos madura, a otros infantiliza; a unos hace solidarios, a otros despliega en sí mismos...

Hay una soledad fecunda y misteriosamente saludable

Es la soledad aceptada. Teóricamente es difícil dudar del carácter único, irrepetible e incluso sagrado de cada persona. Parece, sin embargo, que necesitamos experiencias, no sólo gozosas, que nos lo pongan de manifiesto. Por ejemplo, la del sufrimiento. Es sobre todo entonces cuando uno descubre algo muy elemental; soy yo y no otro el que tiene una enfermedad grave, yo quien ha de enfrentarse a la muerte, yo quien ha perdido un ser querido...

No es fácil el aprendizaje de esta soledad. Ya resulta tópico afirmar que hoy vivimos un poco de espaldas a la enfermedad y a la muerte, que tendemos a inmunizarnos contra una excesiva implicación en el sufrimiento de los demás. Porque es difícil, creo que el Señor vino, ante todo, a enseñarnos a ser hombres, nada más y nada menos. Y a esa condición, que puede entusiasmar o simplemente pesar, sólo se le saca partido aceptándola; reconciliándose con las incertidumbres del vivir, con la necesidad de morir para vivir, de perder para ganar, de bajar para subir... Sólo quien integra en su vida la muerte, con sus variados cortejos anticipatorios, puede hacer fecunda su soledad y ayudar a otros a vivirla.

El aprendizaje de la soledad, que el sufrimiento pone de manifiesto, es laborioso porque es el aprendizaje de la responsabilidad. El hombre es capaz de responder. ¿Qué otra cosa reclama el sufrimiento? Tras el fracaso de las teodiceas, en nuestro mundo secularizado el creyente irá descubriendo poco a poco que nuestra fe se distingue, más que por las consolaciones que ofrece, por la lucha a que nos invita. Es un creyente especialmente capacitado para descubrir la debilidad de Dios en la historia, y para asumir que la presencia de Dios en el mundo es tan discreta y tan «fiel a la tierra» y a sus leyes, que el hombre ya no puede invocar su concurso para eximirse de sus responsabilidades, ni denunciar su silencio para hacerlo cómplice.

Es precisamente en el sufrimiento cuando más crudamente experimentamos que también en este mundo estamos solos, a solas con nuestra responsabilidad.

Partir de los propios recursos y energías internos

Precisamente porque creo en la capacidad de respuesta de todo hombre, con todas las matizaciones que tantas situaciones sociales y existenciales aconsejan, creo también la vivencia del sufrimiento y la curación de los sufrientes ha de hacer especial hincapié sobre el sujeto y sus propios recursos. Conocemos con una cierta aproximación los límites actuales de la medicina; estamos sin embargo muy lejos de saber cuáles son los límites y posibilidades de nuestros propios recursos.

La psicología y la relación de ayuda y la experiencia nos confirman en ello. Por mi parte, apunto sólo una reflexión de corte bíblico-teológico. Es bien sabido que a lo largo de la revelación bíblica los acontecimientos que jalonan la existencia del hombre —sobre todo el nacimiento, la salud/enfermedad y la muerte— son interesantes, más que por su dimensión biológica, por su consistencia espiritual. Es decir, son vistos fundamentalmente como **acontecimientos biográficos**, en los que el hombre vive su identidad de creatura, su adhesión a la Alianza y su relación con Dios. En ellos está implicada la biografía espiritual del hombre; y por eso son objeto de sus decisiones y de su responsabilidad. Puede escoger entre la vida y la muerte, lo cual equivale a optar por la fidelidad o la infidelidad.

Por el camino de esta pedagogía, a veces muy dolorosa, el creyente bíblico llega, por un lado, al descubrimiento de la responsabilidad personal que pone a prueba lo mejor de sí mismo, y, por otro lado, a la confianza absoluta en la fidelidad de Dios. Es una revelación centrada sobre el hombre, en cuanto sujeto de una nueva relación con Dios. Por eso el hombre se siente tocado (curado, salvado), alcanzado en su biografía personal y cotidiana.

Pues bien, todo sufriente es como un símbolo plantado en el mundo que, haciendo emerger su humanidad —pues eso, y no otra cosa, es lo que le duele—, nos recuerda el valor del sujeto y de su circunstancia. Acompañarle en el sufrimiento es partir de él, de su mirada y de su drama, caminar con sus sandalias. Cuando la pastoral como la medicina elimina al sujeto» (según expresión de V. von Weiszaker), también Dios desaparece».

Soledad no es igual a mutismo y solitaria

Respetar la soledad del sufriente no significa condenarle al silencio. Del mismo modo que hay una soledad fecunda, también es o puede ser sonora, o por lo menos elocuente.

Uno de los grandes desafíos actuales de la espiritualidad cristiana y de la pastoral está en elaborar un nuevo lenguaje para las situaciones de soledad, de manera que ésta pueda convertirse en un itinerario salvífico y terapéutico. Los códigos sociales e incluso pastorales parecen condenar a menudo al sufriente —en este caso, el enfermo— al silencio o, por lo menos, al ocultamiento de los sentimientos, originado por un cierto pacto tácito de silencio y por las exigencias de una cierta compostura convencional.

También hay un lenguaje en la soledad. Comienza ante todo por la interiorización del nuevo peso de la realidad: Se trata de asumir, mirar de frente (en la medida en que se pueda), dejarse interpelar. Es un diálogo interior con el sufrimiento, en búsqueda de personalización, de sentido y de salida. En esta etapa podrían servirnos de referencia no pocos sufrientes bíblicos. No es, evidentemente, un diálogo pacífico. Está hecho también de desahogos, que es preciso acoger, favorecer y tratar como tales. No son siempre una forma de comunicación; desde luego, aun cuando lo son,

no buscan una respuesta teórica, incluso cuando adquieren la forma de exabrupto teológicamente poco aceptable. Forman parte de un recorrido existencial, que, con frecuencia se convierte en lamento explícito: lenguaje, este último, que en no pocos santos y personajes bíblicos ha sido elevado a la categoría de la máxima familiaridad con Dios. «Ahora sé, Señor, por qué tienes pocos amigos: los tratas mal», llegó a decir santa Teresa.

Una pastoral más atenta a cuanto acontece en el sufriente, respeta su soledad en la medida en que deja que ésta se exprese; más aún, en la medida en que, desde fuera, le presta su voz y, con recursos adecuados, le ayuda a confrontarse, a asumir el protagonismo, a curarse desde dentro.

La comunicación en la soledad crea una nueva presencia

Creo que una de las expresiones más bellas de solidaridad con quien sufre es aquella que respeta hasta el final su identidad, sus sentimientos, su soledad. Esta forma de presencia se convierte en una verdadera mediación del encuentro salvífico de Dios con el hombre. Surge una nueva presencia, misteriosa, pero real. El encuentro humano, cuando se da a ese nivel, está habitado por Dios.

Dejarse afectar por el sufrimiento

«Padre, la teología le ha secado el corazón. Perdone, pero usted no entiende nada». Así reaccionó una joven enferma ante su capellán, según parece más experto en doctrina que en humanidad. Dificil equilibrio para el pastor: Siente que ha de bajar hasta el fondo del pozo, pero sin ahogarse también él y sin perder de vista la salida. Nos cuesta entender—y nos costará siempre—que no hay palabra significativa sobre el sufrimiento ajeno sin que al mismo tiempo nos comprometa ante él. Sólo quien toma en serio a quien sufre, aunque le salpique, podrá entrar en su mundo interior, en el templo sagrado de su soledad, allí donde cada uno encuentra lo mejor de sí mismo, y decide su propio destino.

Sufrimiento, una experiencia salvífica de comunión

Sufrimiento, una extraña epifanía de comunión

Abordamos, ahora más brevemente, la segunda parte de nuestro viaje, presente ya de algún modo en la primera parte.

Para entender su alcance y su sentido, anticipo una sencilla reflexión. Tal vez sea el tema del sufrimiento (y, en general, el del mal del mundo), el que subraya más claramente la importancia de la perspectiva desde la que nos asomamos al misterio de Dios, misterio de salvación, revelado en el tiempo. La teología coincide en valorar la historia, como epifanía de Dios, como lugar de revelación de su identidad y de sus designios. Sin embargo, siempre he albergado serias dudas de que la coherencia de este planteamiento sea llevada hasta sus últimas consecuencias.

Tomar en serio la historia significa afirmar que Dios no se ha revelado, de hecho, por lo que es en cuanto substancia, sino por lo que hace: por la acción y por la fidelidad a sus promesas (A. Marchadour); no se reveló por lo que pudo hacer y no ha hecho (U. Eibach). Mirar, pues, al Dios de la historia quiere decir que hemos de ocuparnos tanto de la experiencia salvífica de los hombres como de los dogmas; hemos de estar tan atentos a la consistencia de los hechos salvíficos, sobre los que se asienta la fe, como a Aquel a quien remiten. En el fondo, el Dios que podemos conocer no es otro que el que se ha revelado propter homines (a causa de los hombres) y lo que ha realizado en favor de ellos.

El olvido de Dios de la historia o, dicho de otro modo, la desatención a la historia, explica, en buena medida, que la reflexión sobre el sufrimiento y el mal del mundo haya estado, durante mucho tiempo, supeditada a esquemas más filosóficos que bíblicos. El Dios físicamente inmutable, psíquicamente impasible y éticamente irresponsable (J. Moltmann) no es el revelado en Cristo; tampoco lo es el confundido con el mundo, extrañamente envuelto e implicado en el conjunto de causas, escondido detrás de la armonía del universo, ora injustamente acusado, ora innecesariamente justificado.

Miremos, pues, al Dios de la historia y a la historia de Dios con los hombres. Desde ahí descubrimos, por ejemplo, que el sufrimiento ha sido uno de los lugares privilegiados de su comunicación y apertura a los hombres. Dentro de la ambigüedad del acontecer humano y sin que la historia deje de ser también historia de los hombres, Dios se ha implicado de forma apasionada en su sufrimiento. De forma apasionada y progresiva, hasta que envió a su propio Hijo, quien vino como terapeuta y salvador. Fue tal su implicación que no se hizo un hombre cualquiera, sino un hombre-siervo: Encarnación selectiva que se expresó también en una misión igualmente selectiva, al hacer objeto preferencial de su solidaridad a los más pobres y enfermos; y al luchar contra el mal del mundo con la debilidad del amor y no con la fuerza del poder.

Tomar en serio la historia no quiere decir que haya que detenerse únicamente en la materialidad de los hechos o de los acontecimientos, que pueden ser contundentes e incluso prodigiosos. Hay que descubrir sobre todo su valor de signo. Y los signos suelen ser humildes, débiles; entre otras razones porque apelan a la fe e invocan la adhesión, más que de la mente, del corazón. Los acontecimientos, así concebidos, están más en relación con la felicidad del hombre (salvación, liberación, salud) que con su saber (doctrina, verdades).

Una pastoral más atenta a cuanto acontece en el sufriente, le ayuda a confrontarse, a asumir el protagonismo, a curarse desde dentro. Ésta es, creo, la pedagogía de Dios, a la que el hombre ha opuesto y opondrá siempre una cierta resistencia. Existe en nosotros una propensión innata a fijar la mirada en el dedo en vez de mirar al objetivo hacia el que apunta; a quedarnos anclados en la inmediatez de los hechos: unas veces ofuscados, otras, atrapados o distraídos... Así, no es fácil barruntar que detrás del silencio de Dios (uno de los hechos mejor detectados por los creyentes de hoy) se esconda su implicación paciente y sufriente en el acontecer de la historia; no es fácil atisbar que la muerte de Jesús en la cruz (hecho contundente), sea a la vez símbolo de la máxima debilidad y fortaleza y, por tanto, experiencia salvífica posible para cualquier hombre; es realmente laborioso entender que el sufrimiento de los inocentes (hecho escandaloso, al que no escapó el mismo Cristo) sea tal vez el signo más claro de que la historia no es todavía la que Dios quiere: voluntad y debilidad de la que participamos todos los hombres de buena voluntad.

Tratando de leer la historia de la salvación desde esta perspectiva, ofrezco ahora algunas claves teológico-pastorales que nos ayuden a vivir el sufrimiento propio y ajeno como una experiencia salvífica de comunión.

Enfermos y agentes de salud al servicio de la comunión

El valor de las actitudes

Es claro que Dios no ha explicado el sufrimiento. Pero la historia del sufrimiento, vista desde la vertiente de Dios, está impregnada y como modulada por hechos y actitudes, detrás de los cuales es posible descubrir por lo menos una doble revelación.

En primer lugar, **el sufrimiento puede ser vivido por el creyente como vehículo u ocasión (amargos cuanto se quiera) de una singular pedagogía divina.** Invita al hombre al realismo (nada más realista que la Biblia); sufriendo puede llegar a saber quién es, de dónde le viene la vida, dónde radica su consistencia, hacia dónde ha de orientar su identidad... Sufriendo puede también descubrir la sinrazón de las razones últimas y la inutilidad de pretender salvarse a sí mismo. El hombre es sólo hombre. Si no se acepta esto, no puede darse una verdadera comunión, ni con Dios ni con los demás. Sólo quien se sabe hombre y sólo hombre, si es creyente, deja que Dios sea Dios y que los demás sean hermanos.

En segundo lugar, esta difícil pedagogía está afortunadamente avalada, sobre todo en el sufrimiento, por gestos y actitudes de exquisita solidaridad salvífica en favor de los sufrientes. Dios salva del sufrimiento y en el sufrimiento: experiencia que es preciso subrayar en ambos aspectos.

Del sufrimiento: la historia de Dios está ritmada por sus acciones liberadoras, sobre todo en Cristo. Llamam sobre todo la atención su sensibilidad y su concreción. No desdeña nada de cuanto acontece en el hombre; actúa no sólo a través de los grandes acontecimientos salvíficos, sino también en la biografía cotidiana de cada uno de sus hijos. La salvación por Él prometida se hace creíble precisamente porque conecta con lo cotidiano, es decir con las aspiraciones básicas de todo hombre: el deseo de salud, de felicidad... Esta sintonía se revela especialmente en quienes simbolizan o representan emblemáticamente la condición humana herida: los sufrientes. En la liberación de éstos la salvación toma forma de salud devuelta, de liberación de las cadenas impuestas a los que vagan por los montes, de reintegración de los excluidos en la sociedad, de liberación de los tabúes y prejuicios sociales que crean marginación, de restitución de la dignidad perdida...

El sufrimiento ha sido uno de los lugares privilegiados de la comunicación de Dios y de su apertura a los hombres

En el sufrimiento: La salvación penetra en su interior, dándole la vuelta, incluso cuando el hombre ha de seguir conviviendo con él. Aquí el misterio se hace más espeso, pero no deja de ser igualmente salvífico. La historia está llena de representantes señalados y silenciosos —desde Job hasta Cristo y los crucificados de nuestros días— que fueron capaces de recorrer el camino largo de la esperanza, de seguir vivos en medio de la muerte. En ellos la salvación se tiñe de resistencia al sufrimiento: fuerza misteriosa que fluye de las venas de la debilidad, que libera del aplastamiento total y que hace emerger la humanidad por encima del muro manchado de sangre. Es salvación porque permite descubrir Presencia en el abandono y esperanza en el fracaso; porque hace capaz al sufriente de seguir existiendo, es decir, de salir de sí mismo, de no replegarse, de no romper totalmente con el mundo, e incluso de vivir oblativamente.

No es fácil leer la Buena Noticia dentro de la historia del sufrimiento. Ahora bien, en nuestro ministerio de terapéutico es fundamental no perder de vista precisamente eso: la historia. Sólo desde ella puede entenderse que el sufrimiento de los hombres sea a la vez pasión de Dios.

En el sufrimiento la salvación se hace encuentro

Tal vez sea éste uno de los conceptos que mejor define la actitud de Dios, especialmente en Cristo, en relación con el sufrimiento. En Cristo se elimina toda aparente distancia e, incluso, desigualdad. «Descendiendo hasta nosotros desde una posición de «comodidad—como diría H. Nouwen—, su conexión con lo humano ya no es sólo compasión sino también participación. El encuentro es de tal índole y alcance que lo divino y lo humano quedan definitivamente, aunque con mucho

dolor, unidos a través de ese *mirabile commercium* (admirable intercambio) del que nos habla la liturgia navideña. Es puente entre las dos orillas; de ida y vuelta: de estremecedora reciprocidad».

Es encuentro, no en la periferia de lo humano y de su acontecer, sino allí donde el hombre está, donde sufre y goza. Dios baja para que el hombre suba. Cristo —dice D. Bonhoeffer— no nos ayuda en virtud de su omnipotencia, sino en virtud de su debilidad. O como dice B. Häring: «Dios es fuerte y débil como el amor; ni más ni menos. Sólo en Dios cabe, en plenitud, esa doble dimensión, que los humanos, sólo de lejos, remedamos. Por eso salva y por eso el hombre se siente salvado: Es decir, tocado, alcanzado, penetrado en lo más nuclear de su vida, en su centro, en su biografía.

La prolongación de la salvación en el tiempo no es otra cosa que la posibilidad de seguir renovando y perpetuando ese encuentro. Por eso la Iglesia es sacramento de comunión entre Dios y los hombres; su naturaleza es dialogal; su misión, recorrer el camino del hombre, como recuerda repetidas veces Juan Pablo II en *Redemptor hominis*, y encontrarse con él «sobre todo cuando sufre, como apostilla en la *Salvifici Doloris* (n.º 3).

Estoy convencido de que uno de nuestros grandes desafíos como pastores y terapeutas dentro del campo de la sanidad está precisamente en esto: En devolverle a nuestro ministerio su (perdón por la expresión) arraigo antropológico, es decir su verdadera conexión o sintonía con lo humano, con lo que acontece en el hombre, y por tanto su credibilidad social y cultural. Para ello es preciso tomarle en serio, hasta tal punto que entendamos que tampoco hoy hay salvación si ésta no alcanza a nuestros enfermos allí donde se encuentran, y si no se traduce, por tanto, también en experiencia aquí y ahora.

El desafío cobra claramente mayor contundencia cuando la oferta de la salvación invoca la fe del sufriente y es celebrada en el sacramento. ¿Cómo conseguir que también éstos sean un verdadero encuentro, y no algo sobreañadido o tangencial? Lo que está en juego, con alguna frecuencia, es ante todo la credibilidad humana, porque el sacramento no puede inventar encuentros no habidos, solidaridades inexistentes. A veces parece lamentablemente puente de una sola dirección: Dios nunca falla a la cita, pero toma tan en serio las mediaciones que en el desencuentro humano también Él de alguna forma desaparece; su solidaridad pasa por la de sus hijos. También hoy sigue amando con ojos de hombre y... de mujer.

Encuentro desde la impotencia

He aquí una de las sensaciones más recurrentes en la experiencia del sufriente (del enfermo) y de quienes le acompañan. Inútil describirla, pues tiene mil rostros y tonalidades. Pero es preciso integrarla.

Desde la línea de reflexión que vengo exponiendo, quizás no resulte difícil entender o aceptar su gran valor terapéutico, dolorosamente tal. El impotente invoca, ora el poder, ora la comunión; ora se dirige suplicante al Dios omnipotente, ora mira solidario al Crucificado. Es más fácil la actitud primera que la segunda. Reconciliarse con la impotencia quiere decir aceptar que en nuestra historia, y mientras ésta dure, el poder de Dios sigue estando crucificado: la omnipotencia de su amor y su capacidad infinita de amar le llevó precisamente hasta ahí. Este es un hecho contundente ante el cual toda razón flaquea y sólo la experiencia prueba. Es la experiencia de todos aquellos que, reconociendo que están ahí (clavados, en el pozo, en el trago amargo de un cáliz tal vez ofrecido desde fuera...), son todavía capaces de descubrir una solidaridad cómplice, un aliento interior, humano y divino: soplo de vida que mantiene la vida; un reforzamiento de la voluntad de vivir... de otro modo.

También el agente de salud ha de vivir su propia impotencia como un recurso terapéutico, ante todo para sí mismo. Quien se reconcilia con ella está mejor capacitado para reconocer el valor sagrado y único de cada persona, para respetar su identidad y sus ritmos, para servir sin imponer, para aceptar su propia ansiedad y sus propios límites. Acompañar en el sufrimiento quiere decir recorrer un camino que es, más o menos el de todos, y cuyo final los enfermos nos anticipan y proponen. Ellos son memoria constante de la impotencia más radical: la muerte y su soledad. Sólo quienes integran la propia en la vida, podrán ayudar a los demás a hacer y vivir sanamente su proceso de morir. Cuando el encuentro se torna impotencia compartida hay lugar para confesar que sólo Dios salva.

Encuentro para la libertad

Es una de las características y virtualidades del encuentro terapéutico salvífico: Libertad en el sufrimiento y a pesar del sufrimiento. Comenzando por el final, es estupendo experimentar que precisamente la última desembocadura, salvífica del sufrimiento consiste en poder decir con razón: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

La muerte, por lo menos simbólicamente, resume en sí todas las resistencias que han jalonado la vida del hombre. De ahí que pueda ser vivida como acción y pasión, como un hecho consumado desde dentro o impuesto desgarradoramente desde fuera; como libertad o como esclavitud. Curar y salvar la propia muerte es hacer ella la acción suprema de la libertad, en palabras de K. Rahner, o el coronamiento de la libertad, como afirma D. Bonhoeffer.

En cuanto símbolo, de alguna manera representa todas aquellas situaciones existenciales en las que la última posibilidad de salvación y curación del sufrimiento consiste en que el sufriente pueda disponer de sí mismo. Este ofrecimiento de libertad está en el corazón mismo de la acción salvífica de Dios, de la que es prueba máxima la cruz de Cristo: Desde su espesura, desde su oscura noche, los gritos de libertad («Perdónales...», «Padre, en tus manos...»), siguen sonando hoy como el mayor desafío y, seguramente también, como el mayor estímulo para nuestra libertad herida.

Ayudar al sufriente a disponer de sí es tal vez el objetivo prioritario de la pastoral de la salud. Tarea difícil que pasa necesariamente por un acompañamiento que pone al enfermo en el centro y lo hace protagonista, en la medida de lo posible, de su proceso terapéutico salvífico. Que el enfermo pueda intervenir significativamente en sus acontecimientos, que pueda cambiar el rumbo, si no de los hechos, por lo menos de sus significados; que pueda decidir sobre el sentido de lo que le acontece; aprender nuevos recursos y descubrir nuevas potencialidades; enfrentarse a sus sombras, crecer y madurar desde dentro; relacionarse con Dios, no sólo desde la enfermedad, sino también desde otras posibilidades y experiencias... Para acompañar en este itinerario el agente de salud necesita buenas dosis de humanidad y de sensibilidad, y, al mismo tiempo, de recursos y habilidades que le permitan adentrarse en este tabernáculo interior donde el sufriente se encuentra con la verdad de sí mismo. No bastan, sin embargo, los recursos humanos: La máxima libertad coincidirá siempre con la máxima gracia.

Encuentro para la esperanza

Tocamos aquí tal vez lo más específicamente cristiano: la aportación de esperanza. También los no creyentes son capaces de amar hasta las últimas consecuencias, porque el amor de Dios no conoce fronteras y se derrama en cualquier corazón bien dispuesto, aunque todavía no conozca a quien nos amó primero. La esperanza, en cambio, asentada en el hondón mismo de la condición humana, camina al ritmo de

una fe, sencilla y probada, contrastada y madurada, hasta alcanzar un contenido, entre misterioso y explícito, pero profundamente real, que va mucho más allá de lo razonablemente esperable.

Precisamente porque se afirma entre la densidad humana de la adversidad y de la incertidumbre, lejos de los cálculos y previsiones, la esperanza cristiana tiene en el complejo mundo de los enfermos uno de sus lugares preferenciales. Largo es su camino y generosas sus alianzas. Como el amor, la esperanza también se encarna y afirma comenzando desde abajo; atendiendo las pequeñas expectativas, penetrando en las cuitas de la biografía diaria, dando salud y cariño al enfermo y al marginado. No rivaliza con la ciencia ni la sustituye en sus competencias, porque el Evangelio no es una aspirina; pero es capaz de dinamizar misteriosamente todo el proceso terapéutico.

Llega sin embargo un momento, como nos confirma la experiencia, en el que sólo hay lugar para ella, o sólo ella puede iluminar la andadura humana. Sin toques mágicos ni respuestas resolutivas. Esto sucede cuando el sufriente descubre, ora por la vía de la indigencia, ora por la vía de la plenitud, que es sólo Dios quien plenifica nuestra vida, llevándonos más allá incluso de nuestras razonables expectativas humanas, colmando nuestros vacíos, enviando un rayo de su luz a nuestra oscuridad, llenando con su presencia los últimos pliegues de nuestra alma y de nuestro corazón, dando aliento a las últimas aspiraciones... Es entonces cuando la esperanza, aun sin contenidos fácilmente descriptibles, adquiere un nombre. La esperanza del creyente sufriente es Cristo. Por eso hay tantos sufrientes que tienen rostro de resucitados.

El nuestro es el ministerio de una esperanza que, más que sus contenidos, pone a prueba nuestra capacidad de interiorizarlos, vivirlos y transmitirlos. Empleando la imagen de san Bernardo, todo agente cristiano de la salud ha de ser, no como la canaleta que suelta en seguida el agua recibida, sino como depósito que, una vez lleno, comunica por desbordamiento. La esperanza, como el amor, se comunica también por contagio, está escrita en los ojos y en el semblante: necesita ministros con rostro de resucitados.

Concluyendo

El sufrimiento es y será siempre un misterio insondable, una provocación, una especie de ofensa al buen sentido y a la racionalidad. Mis reflexiones no han pretendido domesticarlo, sino ofrecer más bien unas vías de abordaje. Lo que está en juego no es la razón o sinrazón de tal misterio. Los cristianos hemos de preocuparnos menos —ya lo hemos hecho en exceso— de dar razones y, menos aún, de pretender llegar hasta las últimas. Más que el antes interesa el para qué y el hacia dónde de esa experiencia: que ésta pueda, a pesar de todo, llegar a ser una experiencia salvífica de soledad y de comunión.

Sufrir es ante todo sentir; un sentir que a la vez es percepción, elaboración, interpretación y valoración

Sólo quien ha sufrido sabe de verdad qué es sufrimiento

El sufrimiento es una experiencia que remite a los núcleos de la identidad personal: soledad y comunión

El sufrimiento es para ser vivido y combatido por la vía de la soledad y del encuentro

El sufrimiento sabe demasiadas veces a injusticia y desproporción

Se sufre porque, a veces, sentimos algo como definitivamente irremediable, irreparable o irreversible

Se experimenta también a menudo una cruel sensación de acaparamiento

El sufrimiento humano posee la extraña virtualidad de remitir al hombre a su condición de ser uno y único, y de serlo él solo

Todo sufriente es como un símbolo plantado en el mundo que, haciendo emerger su humanidad, nos recuerda el valor del sujeto y de su circunstancia

Respetar la soledad del sufriente no significa condenarle al silencio

El sufrimiento puede ser vivido por el creyente como vehículo u ocasión de una singular pedagogía divina

Dios salva del sufrimiento y en el sufrimiento

Sólo desde la historia puede entenderse que el sufrimiento de los hombres sea a la vez pasión de Dios

El agente de salud ha de vivir su propia impotencia como un recurso terapéutico, ante todo para sí mismo

Una de las características del encuentro terapéutico salvífico es la libertad en el sufrimiento y a pesar del sufrimiento

La esperanza cristiana tiene en el complejo mundo de los enfermos uno de sus lugares preferenciales

La esperanza del creyente sufriente es Cristo